

# ORIGEN Y EVOLUCION DEL SISTEMA URBANO NACIONAL \*

GUILLERMO GEISSE G.\*\*

## INTRODUCCIÓN

Cuando se trata de comprender la urbanización en una sociedad determinada, las divisiones ecológico-espaciales como las producidas entre el campo y la ciudad, entre las ciudades y al interior de las ciudades, no pueden ser tomadas como variables independientes. Ellas son el resultado espacial de relaciones de poder y de divisiones de actividades sociales y económicas en permanente transformación. Sólo comprendiendo las leyes que condicionan estos procesos de transformación, pueden entenderse los cambios ecológico-espaciales que caracterizan el proceso de la urbanización.

Así, por ejemplo, el surgimiento de una ciudad en una economía rural primitiva, estuvo sujeta a dos condiciones previas. Por, una parte, una elevación de las fuerzas productivas en el campo, de manera de generar un excedente de alimentos. De esta forma, una cuota de la mano de obra pudo liberarse de la producción alimenticia y establecer una relación de poder que le permitió transferir y controlar el excedente para su sustentación. Para mantener esta dominación política sobre un territorio, se necesitaron instituciones políticas, militares e ideológicas. Todas estas actividades, no directamente ligadas a la producción de alimentos, requirieron de la concentración de población no agrícola en un

punto del espacio: una ciudad. En ella apareció por primera vez el mercado de alimentos y de artículos manufacturados.

El poder político y el mercado fueron los elementos distintivos de la ciudad de la civilización agrícola, cuya aparición se remonta hacia el año 3000 a. C. Desde entonces el lento pero continuado avance de las fuerzas productivas presionó por la expansión y diversificación de los mercados o espacio económico, por la división del trabajo y la transformación de las relaciones de poder o espacio político, y por la expansión y división del espacio geográfico, articulado por los sistemas de ciudades.

El largo y lento proceso de expansión de las economías rurales termina junto con el régimen feudal de la Europa del siglo x. En él la ciudad era un apéndice fortificado del campo, cuyo fin fue dar protección militar al espacio económico local y el de regular en su interior la apropiación del excedente alimenticio. Se trató de una forma de apropiación extraeconómica, puesto que el campesino tenía la posesión de sus medios de trabajo, así fueran simples herramientas. Fue la coerción política e ideológica, ambas estrechamente vinculadas, la que aseguraba a los señores la apropiación del excedente. Por otra parte, la producción se limitaba a valores de uso y, por lo tanto, reducía la acumulación de riqueza a poco más de lo que cabía en el bolso del señor. De ahí que dado el precario nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, el espacio político militar y el correspondiente espacio económico del período feudal no fue sino un conjunto de comunidades territoria-

---

\*Una versión preliminar de este artículo fue publicado como primer capítulo de G. Geisse G., G. Pumarino y M. Valdivia en *Relaciones entre Urbanización y Desarrollo en Chile*. ILPES 1976.

\*\*Profesor Investigador, CIDU-IPU.

les reducidas y semiautónomas<sup>1</sup>. En él no se puede hablar de sistema de ciudades en el sentido económico, ni en el político o geográfico. Sin embargo, ya en el siglo XIII, el crecimiento demográfico e innovaciones tecnológicas en la agricultura, aunque lentos, presionaron hacia divisiones sociales del trabajo al interior de la ciudad.

Aparecen en ella artesanos y comerciantes y sólo entonces tiene lugar el intercambio campo-ciudad, basado en la especialización productiva, mediatizada siempre por las relaciones de servidumbre. Fue en el seno mismo del orden feudal y bajo la presión de la expansión de los mercados más allá de los límites de la ciudad, que se creó el germen de una nueva clase hegemónica: la burguesía comercial que revolucionaría el orden existente.

La burguesía comercial era esencialmente urbana y construyó su poderío por su capacidad de acumular riqueza a través del comercio de valores de cambio. Ello sólo era posible expandiendo el espacio económico y el espacio político de la comunidad feudal con el comercio interurbano. Para ello tuvo que superar dos barreras. Una era el monopolio de las corporaciones artesanales que se oponían a la producción en escala, para lo cual la burguesía comercial estableció industrias manufactureras en las aldeas rurales, fuera del distrito urbano controlado por las corporaciones. La otra, barrera era la fragmentación jurídica y política del orden feudal opuesta a la expansión del espacio político. Ello se resolvió con la alianza de la burguesía comercial y el poder monárquico<sup>2</sup>. Ya en el siglo XVI los estados monárquicos dividían el continente europeo en naciones, el

capitalismo mercantil se imponía en las relaciones de producción, aunque coexistiendo con relaciones de servidumbre en el campo, y una economía urbana se consolidaba en base a una clara división del trabajo. Aquellos Estados en los que las monarquías habían avanzado más en su consolidación política y en su alianza con las burguesías comerciales, iniciaron la ampliación de sus espacios económico-políticos por medio de la conquista de nuevos territorios.

Iberoamérica fue incorporada al espacio político-económico europeo como resultado de la dominación colonial y sus sistemas urbanos fueron creados y evolucionaron teniendo como principal objetivo la dominación político-militar que asegurase la explotación de sus recursos. Bajo el régimen colonial la dominación se tradujo en la transferencia sin retorno de recursos a la metrópoli, excepto el necesario para la mantención de la dominación política que tal tipo de relación demandaba. Los principales agentes de dominación fueron el estado central, a través de su sistema fiscal, los comerciantes a través de los privilegios monopólicos concedidos por el Estado, y las instituciones coloniales como la burocracia y el ejército. Todos ellos tenían su base en la ciudad de la conquista, cuyo objetivo era el de articular el espacio colonial con el objetivo de maximizar el excedente exportable a la metrópoli.

El "espacio peruano", del cual la región chilena era parte, se organizó en función del objetivo antes señalado. Los recursos de la conquista se concentraron en las regiones ricas en oro y plata de inmediata conversión en circulante mercantil requerido por la expansión comercial en Europa y, a la vez, de bajo costo de transporte por unidad de valor. La densidad demográfica regional también influyó poderosamente, dada la gran necesidad de mano de obra requerida en las labores mineras.

Aparte de México, Perú reunió tales requisitos y el "espacio peruano" se organizó en torno al eje Potosí-Lima, el cual se constituyó en un verdadero polo del desarrollo colonial en América del Sur. La región chilena se incorporó al sistema colonial en el siglo XVI como periferia del "espacio peruano", integrándose a la metrópoli a través de él.

<sup>1</sup> Ello no impidió que en ciertos momentos históricos anteriores al orden feudal, los espacios políticos militares se expandieran en verdaderos imperios, cumpliendo las ciudades un papel mucho más complejo en la dominación y explotación de vastos territorios. El Imperio Romano y su red de ciudades en torno al Mediterráneo fue el mejor ejemplo de ello. Sin embargo, cada vez en la historia que la expansión del espacio político militar fue territorialmente más lejos del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas necesario para su sostenimiento, su estabilidad fue extraordinariamente débil y sus ciudades se vieron permanentemente amenazadas para terminar por sucumbir.

<sup>2</sup> Ver: Singer Paulo, *La Economía Política de la Urbanización*, Introducción. Ediciones del Centro Brasileiro de Planificación (CEBRAP). Sao Paulo, 1974.

DE LA COLONIA Y LA CIUDAD DE LA  
CONQUISTA A LA CIUDAD COMERCIAL  
Y LA INDEPENDENCIA

Al tiempo de la Conquista, había ya dominación incaica sobre parte de la población indígena chilena<sup>3</sup>, sin embargo, el escaso nivel de las fuerzas productivas impedía la existencia de ciudades en este territorio, como no fueran pequeños fortines incaicos. El excedente era transportado al Perú, donde sí existía una floreciente vida urbana precolombina.

El conquistador español desarrolló la minería del oro en las regiones del norte del Biobío (centro-sur) y de Valdivia y Osorno (sur)<sup>4</sup>. Parte de la población indígena fue ocupada en esta actividad, el resto se mantuvo en la agricultura de subsistencia, excepto por una fracción dedicada a la producción excedentaria de alimentos para la mano de obra del sector exportador y la población de las ciudades.

La conquista de la región colonial chilena no se explica exclusivamente por la explotación de metales preciosos, ni las ciudades fueron siempre creadas para ese solo fin último. La magnitud y el volumen de la riqueza mi-

<sup>3</sup> La dominación incaica fue breve y relativamente superficial. Comenzó a mediados del siglo xv, descendiendo hasta el río Maule, donde la resistencia aborigen impidió la extensión de la conquista. Sin embargo, el límite hasta donde la dominación incaica parece haberse ejercido con eficacia no fue más allá del río Maipo, en el centro actual del país, inmediatamente al sur de Santiago. Ver: Barros Arana M., *Historia General de Chile*.

<sup>4</sup> Esta actividad consistía en lavaderos de oro. Ella requirió utilizar una gran cantidad de fuerza de trabajo, siendo ésta una de las razones del por qué los principales lavaderos estaban situados del Biobío al sur. Se estima que la población aborigen era, durante el siglo XVI, de 600.000 indios, de los cuales más de la mitad vivió en esa zona. Ello permitió distribuir encomiendas de 4.000 y hasta 5.000 indígenas, lo que nunca ocurrió más al norte. Por eso los principales asentamientos de españoles, aparte de La Serena y Santiago, fueron Concepción, La Imperial (actual ciudad de Temuco), Valdivia, Villarrica y Osorno. En 1567 la Corona instala la Real Audiencia en Concepción, a cargo del Gobierno civil y militar de Chile. Sin embargo, el inicio de la Guerra Araucana en el Biobío obligó a suspender dicha medida en 1575 y esa función la pasó a desempeñar desde entonces en adelante Santiago. Ver: Eyzaguirre, Jaime: *Historia de Chile*. Editorial Zig-Zag, Stgo., Chile, 1973.

nera exportada de la colonia chilena fue reducida en comparación a la enorme riqueza minera del Perú. Más aún, a fines del siglo XVI, la insurrección araucana arrasó con la presencia española al Sur del Biobío y con ello la corona perdió la zona más rica en oro y con mayor población indígena<sup>5</sup>.

La explotación de oro no sólo se redujo sino que la Colonia se mostró incapaz de financiar la Guerra Araucana, debiendo la corona aportar, durante todo el siglo XVII, oro y hombres para el ejército y las obras de defensa. Así, pues, el interés de la Corona por mantener su dominio sobre el territorio chileno, no residía sólo en la cantidad de excedente exportable que podía extraer de él. La dominación tenía por objetivo proteger la integridad de todo el espacio político-económico peruano. Lo que ocurrió es que Chile tenía una importancia defensiva estratégica para la Colonia peruana y probablemente para toda la costa del Pacífico americano. La ausencia de dominación española sobre la zona al sur del río Biobío y la existencia allí de una población enemiga hacían perfectamente posible y riesgoso un desembarco y conquista de esos territorios por parte de otra potencia europea, potencialmente Inglaterra, Holanda o Portugal. Desde la Conquista hasta la crisis de Potosí, lo que estuvo en juego no fue sólo el territorio chileno, sino que la enorme riqueza minera del Perú.

Por esa razón, la metrópoli gastó grandes recursos para la dominación de los araucanos y en la construcción de fortalezas en la zona costera donde el riesgo de desembarco era

<sup>5</sup> Después de la Batalla de Curalava (1598) los araucanos arrasaron con todas las ciudades españolas al sur del Biobío. La Imperial, Angol, Villarrica y Osorno. Sólo en el siglo XVIII se reinició su reconstrucción. Osorno, por ejemplo, fue reconstruida en el año 1796, es decir, casi dos siglos más tarde. Sólo Valdivia se reconstruyó durante el siglo XVII como una plaza fuerte en consonancia con su emplazamiento estratégico desde el punto de vista geográfico-militar. Sin embargo, ella dependió directamente del Virreinato de Perú hasta fines de ese siglo. Por otra parte, en la zona pacificada al norte del Biobío la población aborigen se redujo debido a la explotación despiadada y a las enfermedades traídas por los conquistadores, hasta extremos increíbles. Se ha estimado que a fines del siglo XVII, la población en esa zona, contando los españoles, se había reducido a 80.000 individuos. Ver: Eyzaguirre, J. Op. cit.

mayor<sup>6</sup>. La ciudad de conquista en la región chilena cumplió así una función de protección político-militar del espacio colonial peruano por sobre cualquier otra función.

Sin embargo, no se deben desestimar los factores económicos que influyeron en la posterior evolución de las ciudades chilenas desde su creación durante los primeros años de la Conquista. Uno de los más importantes de estos factores fue la forma en que la economía colonial chilena se integró a la metrópoli. Otro, es el conjunto de factores que contribuyeron a la formación de un mercado interno relativamente grande en relación al tamaño de la población. Como se verá a continuación, ambos factores estuvieron estrechamente vinculados.

En efecto, la expansión exportadora de la Colonia peruana produjo una gran demanda por la producción agropecuaria chilena durante las últimas décadas del siglo XVI hasta mediados del XVII. La exportación de oro chileno en cambio se redujo apreciablemente, como se señaló anteriormente, por la pérdida de los lavaderos del sur y la inmensa disminución de la población en la zona pacificada. A pesar de que se inicia la exportación de cobre desde La Serena, los mayores efectos se produjeron en la agricultura. La agricultura chilena, de carácter mediterráneo, fue complementaria a la peruana. Por eso, la expansión exportadora peruana produjo una demanda por los productos agrícolas chilenos, la cual se concentró en el eje Lima-Potosí; la primera ciudad como centro comercial y sede de la administración colonial de todo el espacio peruano, y la segunda, como centro de explotación de plata. En torno al eje Lima-Potosí se integró como periferia un conjunto de regiones: la zona central de Chile, el norte de Argentina y parte de los actuales territorios de Ecuador, Bolivia y Paraguay.

<sup>5</sup> La conciencia acerca de la importancia militar de Chile se acrecentó con las expediciones de corsarios y filibusteros ingleses y holandeses. En el siglo XVI, Drake, Hawkins y Van Noort saquearon Valparaíso, Cavencish asoló la costa y Cordes saqueó Castro. Ello lleva a intentar fallidamente la fortificación del Estrecho de Magallanes. En el siglo XVII, Spilberg, L'Harmite, Sharp y Davis, recorren el Pacífico Sur. Sin embargo, lo que persuadió a la Corona sobre la necesidad de fortificar Valdivia fue el desembarco de Brower en la zona y su entrada en contacto con los indígenas. Ver: Eyzaguirre, Op. Cit.

La ciudad de Potosí llegó a tener 150.000 habitantes y Lima 50.000 a mediados del siglo XVII<sup>7</sup>. Dado el bajo nivel de las fuerzas productivas se requirió la dominación político-militar de vastos territorios y de grandes contingentes de fuerzas de trabajo indígena para la sustentación de esa masa urbana dedicada a la explotación minera y administración colonial.

Las exportaciones de la región colonial chilena al polo del espacio peruano consistieron en mulas, cueros, sebo, vino y maderas producidos en las mercedes de tierra con encomienda indígena de la región central comprendida desde Aconcagua y el río Biobío.

La decadencia de la minería en la región central, la pérdida de los territorios del sur, abundantes en población, y el auge de la producción agropecuaria hizo perder importancia a la encomienda como organización del trabajo desde temprano. La valorización de las tierras provocada por la explotación agropecuaria y la necesidad de fuerza de trabajo para el cultivo y la ganadería produjeron una destrucción del pueblo indio. El pueblo era una organización agrícola de subsistencia y como tal no podía responder a los requerimientos mercantiles. En su reemplazo surgió la hacienda, organización agrícola que produce para el mercado, basada en el control de la tierra en la forma de grandes latifundios.

El indio de pueblo y el indio suelto se transformaron en peones de la hacienda. Simultáneamente, los grandes propietarios, deseosos de proteger los límites, por demás ambiguos, de sus propiedades, entregaron en arriendo o préstamo (en las condiciones más variadas) porciones de tierra a españoles y mestizos. Ese fue el origen de los inquilinos, organización que se hunde en el siglo XVII<sup>8</sup>. La hacienda incorporó entonces en una sola estructura socioeconómica a la economía de subsistencia y de mercado, acomodándose con facilidad a las fluctuaciones de este último.

Esta temprana incorporación de la población de la región al intercambio con el Perú

<sup>7</sup>Ver: Morse, Richard. *Trends and Patterns of Latin American Urbanization*, Comparative Studies in Society and History (16, 4 Sept. 1974).

<sup>8</sup>Ver: Góngora, Mario. *El origen de los inquilinos de Chile central*. ICTRA., Santiago de Chile, 1974.

permitió especializar el trabajo y elevar su productividad. La hacienda generó volúmenes crecientes de excedente comercial y los terratenientes comenzaron a urbanizarse con un séquito de servidumbre. En la ciudad de conquista, organización originariamente de dominación política<sup>9</sup>, que no cumplía ninguna función económica propia, comienzan a articularse intereses comerciales.

Estos intereses comerciales, enormemente entrabados por las relaciones coloniales de dominación, comenzaron siendo muy débiles y totalmente dependientes del mercado agropecuario peruano. Las crisis de éste limitaban enormemente su expansión. La más grave de estas crisis fue la provocada por la drástica reducción de la explotación de plata en Potosí a mediados del siglo XVII.

La población de Potosí se redujo a 25.000 personas a finales de siglo y la de Lima a un tamaño similar<sup>10</sup>. Se trató de un proceso de ruralización y desurbanización como lo han llamado algunos autores<sup>11</sup>. Ello provocó en el territorio chileno una detención de la tendencia a la urbanización. A fines del siglo XVII, las ciudades prácticamente no habían cambiado desde comienzos de siglo.

Sin embargo, las exportaciones chilenas, fuertemente reducidas con la crisis de Potosí, se recuperaron a fines del siglo XVII con la exportación de trigo en cantidades apreciables, manteniéndose durante el siglo XVIII<sup>12</sup>. A partir del siglo XVIII es la hacienda la organización productiva sobre la cual se construyó el conjunto de la estructura económica y social durante casi dos siglos.

El inquilino y el peón fueron trabajadores teóricamente libres. Sin embargo, en la práctica el control sobre la fuerza de trabajo se mantuvo por parte del terrateniente indirectamente a través del monopolio de la propiedad de la tierra. La nueva exporta-

ción cerealera valoriza las tierras y transforma el préstamo al inquilino en un arriendo formal con cánones crecientes. La cantidad de tierras en manos de los inquilinos se reduce a medida que la hacienda expande las áreas de cultivo mercantil. Simultáneamente el terrateniente, acuciado por la necesidad de fuerza de trabajo, impone obligaciones de trabajo al inquilino. Este y uno o dos peones a su cargo deben trabajar en las tierras de la hacienda.

La profundización de la incorporación de la hacienda a la producción mercantil transformó al inquilinaje en una organización de trabajo, si bien basada en la cesión de una pequeña cantidad de tierra para la manutención del inquilino y los peones a su cargo<sup>13</sup>.

La expansión de la exportación cerealera al Perú fue tal que a fines del siglo XVIII la mitad del total de las exportaciones eran productos agrícolas y ganaderos<sup>14</sup>. Desde temprano Chile se alejó del modelo monoexportador minero y pasó a incorporar a una parte importante de la mano de obra a una división supralocal del trabajo y a elevarse sobre la subsistencia.

La expansión exportadora acrecentó la acumulación de excedente en manos de los terratenientes criollos. La mayor parte se utilizó en importaciones, pero también fue la base de una creciente vida comercial interna. La expansión del mercado externo agrícola, produjo poco a poco la expansión del mercado interno y surge así una clase de comerciantes ligados al comercio exterior e interior<sup>15</sup>. Además, a fines del siglo XVIII, la me-

<sup>13</sup>Ver: Góngora, M. Op. cit.

<sup>14</sup>Ello ocurrió a pesar de que durante el siglo XVIII aumentó también en forma considerable la producción de oro, plata y cobre, esa vez en los laboreos de norte y centro-norte. Ver: Eyzaguirre, J. Op. cit. y Hurtado, Carlos: *Concentración de población y Desarrollo Económico en Chile*. Instituto de Economía Unjv. de Chile, 1965.

<sup>15</sup>Otra actividad comercial que generó acumulación de capital en manos de los comerciantes fue el tráfico de esclavos. La enorme disminución de población en la zona pacificada durante los siglos XVI y XVII incentivó éste tráfico por iniciativa de comerciantes portugueses vía Buenos Aires. La guerra entre España y Portugal, a mediados del siglo XVII, lo interrumpió provocando además escasez de esclavos en Perú, permitiendo a los comerciantes chilenos exportar a los avecindados en Chile. Un segundo efecto de la es-

<sup>9</sup>Ver: Singer, Pablo, *Relación campo-ciudad en el contexto histórico latinoamericano*, en Economía Política de la Urbanización. Ediciones CERRAP, Sao Paulo, 1974.

<sup>10</sup>Ver: Sempat Assadourian, Carlos: *Integración y Desintegración Regional en el espacio colonial. Un enfoque histórico*. EURE N° 4, Vol. II, marzo de 1972.

<sup>11</sup>Furtado, Celso; *La Economía Latinoamericana desde la Conquista Ibérica hasta la Revolución Cubana*, Editorial Universitaria, Santiago, 1970.

<sup>12</sup>Ver: Eyzaguirre, J. Op. cit.

trópoli comenzó a levantar paulatinamente las regulaciones monopólicas del comercio con las colonias, señalando con ello, la importancia que empezaban a adquirir éstas como mercado de productos manufacturados de la península. Es al amparo de la creciente liberalización comercial que surgió en las ciudades una clase de comerciantes independientes de la Corona, opuestos a quienes mantenían posiciones monopólicas por ley e interesados en una más amplia libertad de comercio.

Con la expansión de las exportaciones de trigo en el siglo XVIII, surgen algunos comerciantes chilenos con capital suficiente como para llegar directamente al Virreinato del Perú e independientemente de comerciantes peruanos, que durante el siglo anterior controlaron totalmente el comercio exterior de la colonia. El aumento del tráfico comercial generó, en esta forma, profundas contradicciones entre las oligarquías chilena y peruana. De una parte, entre los terratenientes cereales y ganaderos de ambas regiones y de la otra, entre comerciantes chilenos y el monopolio comprador y vendedor peruano. Con las medidas que liberalizaron, el comercio con la metrópoli, a fines de siglo, los comerciantes chilenos pudieron ampliar el área de intercambio más allá del Perú e independizarse de su monopolio. Es en el siglo XVIII donde hay que buscar el origen del capital comercial chileno, independiente y en conflicto con el peruano<sup>16</sup>.

Hubo además otros factores particulares de la región chilena que influyeron en el surgimiento de un mercado local relativamente grande respecto al tamaño de la población.

Quizás el más importante fue el peso de las instituciones estatales que la Corona destacó en la región. La guerra mapuche duró tres siglos y obligó a mantener un gran ejér-

cito español en el país<sup>17</sup>. La guerra no terminó definitivamente sino a fines del siglo XIX. Fue, por lo tanto, un conflicto de un tamaño y duración sin precedentes en América Latina. El ejército y las instituciones administrativas que los acompañaban contribuyeron a crear un mercado interno para los productos agrícolas desde tempranos<sup>18</sup>.

Se crearon así las condiciones para que los terratenientes se urbanizaran. Surgió la oligarquía criolla: una clase urbana formada por terratenientes que producían para los mercados externos e internos, comerciantes y mineros. La elevación de las fuerzas productivas en el campo y el surgimiento de la oligarquía crearon una concentración urbana muy temprana y la expansión del mercado para actividades artesanales y de servicios en la ciudad.

La ciudad de conquista cedió el paso a la ciudad comercial. Dejó de ser un centro de poder metropolitano interesado en la maximización del excedente exportable y pasó a ser un nudo de intercambio interesado en maximizar el excedente comercial<sup>19</sup>.

Esta modificación es la base de un proceso de transformación del espacio político-económico colonial que culminó con la independencia de la metrópoli española a comienzos del siglo XIX y la inserción de la economía chilena en el espacio comercial inglés. Por una parte, todos los grupos integrantes de la oligarquía, cual más cual menos, estaban interesados en la libertad del comercio y en romper, por lo tanto los monopolios comerciales de la metrópoli. Como se verá en capítulos posteriores la consolidación temprana

---

caz de la fuerza de trabajo, fue la esclavización de los araucanos capturados en la guerra. Esta fuente generó pingües beneficios a miembros del ejército conquistador y comerciantes. La esclavitud araucana se mantuvo durante una gran parte del siglo XVII.

"En el caso de la colonia chilena habría que destacar que, al surgimiento de intereses comerciales autónomos y contradictorios con los peruanos, se sumó la independencia político-administrativa respecto del Perú instituida por la Corona en el siglo XVIII.

---

<sup>17</sup>A comienzos del siglo XVII, dado el desenlace adverso de la guerra araucana la Corona financió un ejército permanente que pronto llegó a los 2.000 hombres, manteniéndose en acción hasta el siglo siguiente. El ejército permanente libera a los encomenderos de la defensa de la Colonia. Se instaló fundamentalmente en campamentos militares en la frontera sur. en las márgenes del río Biobío. Su tamaño puede apreciarse bien si se contrasta con el hecho de que en 1630 no había más de 700 varones españoles en el Obispado de Santiago. Ver: Eyzaguirre, op. cit.

<sup>18</sup>La venta de ganado por los terratenientes de la zona pacificada al ejército de la frontera y a la ciudad fortificada de Valdivia era una operación corriente. Ver: Góngora, Mario. *Encomenderos y Estancieros*, Universidad de Chile. Santiago, 1970.

<sup>19</sup>Singer, Paulo. Op. cit.

de un Estado central integrador del espacio político-económico nacional tuvo mucho que ver con la coincidencia de intereses exportadores de las diferentes fracciones de la clase dominante nacional. Por otra parte, la expansión del capital industrial inglés dependía del abastecimiento de materias primas y del acceso a mercados de consumo en ultramar.

La coincidencia de intereses internos y externos era total en la nueva etapa del desarrollo y junto con la modificación del espacio político-económico, con su centro desplazado hacia Inglaterra, las bases ideológicas de las relaciones de dominación se transformaron. La explotación colonial basada en fuerzas extraeconómicas, es decir, en la dominación político-militar y en el supuesto poder sobrenatural de la corona, es reemplazado por el liberalismo económico, cuyo poder se basó en la superioridad productiva de la nueva metrópoli, ya en pleno desarrollo industrial.

En lo que respecta a las relaciones externas, la economía nacional se vuelca hacia afuera, acorde con la división internacional del trabajo impuesta por el polo industrial inglés. Las diferentes regiones del país se integraron en gran medida directamente a los centros industriales mundiales y la vida urbana florece en los puertos nacionales, que sirven de enlace. A nivel nacional, el territorio integrado por el Estado, al igual que en el resto de las naciones latinoamericanas, coincide con el espacio bajo el dominio político y económico de la ciudad comercial principal: Santiago.

La observación hecha antes sobre la temprana urbanización ocurrida en la región chilena, como resultado del igualmente temprano surgimiento de la explotación excedentaria, no debe ocultar la modestia de las condiciones en las que se desarrollaba la vida urbana hasta la independencia. Las ciudades chilenas a fines del siglo XVIII eran Santiago, Concepción, La Serena y Valparaíso. Sin embargo, La Serena era pequeñísima y pobre, con casas de barro y paja, y calles sin pavimentos. Valparaíso, era un conjunto de grandes almacenes para el embarque y desembarque de mercaderías, es decir, un conjunto de instalaciones portuarias de Sarítiago<sup>20</sup>. Con-

cepción, fue totalmente destruida por un maremoto el año 1751, y a fines del siglo aún no se reconstruía; si bien con anterioridad era la sede de algunos comerciantes de importancia que traficaban directamente hasta el Perú. Santiago, en cambio, había crecido y progresado. A fines del siglo XVIII tenía alrededor de 2.000 casas y 1.000 ranchos, con una población de casi 25.000 personas. Contaba con algunas grandes casas coloniales, pertenecientes a la aristocracia local, edificios públicos de importancia e innumerables templos y conventos.

Además, se creó en el transcurso del siglo XVIII un considerable número de pueblos rurales en la zona central, cuyo carácter y reducido tamaño, queda mejor expresado en los términos de villas o aldeas. Su importancia radica, más que nada, en que ellos fueron la base urbana sobre la cual se desarrollaron durante el siglo XIX, y a partir de la independencia, las tendencias cada vez más vigorosas de la urbanización de la población chilena.

Se ha estimado que la población chilena alcanzó, a fines del siglo XVIII, a unas 400.000 personas, de las cuales casi 100.000 eran indígenas en el territorio araucano. Chile era, pues, predominantemente rural. La mayor parte de los terratenientes residía aún en sus haciendas. Sin embargo, las principales familias propietarias, mineras y comerciantes eran ya urbanas y se avecindaban en Santiago<sup>21</sup>.

#### CHILE AL FINAL DEL SIGLO XIX: UNA TEMPRANA URBANIZACIÓN

Con la independencia no hubo una modificación muy profunda del funcionamiento de la economía. Después de un período rela-

<sup>20</sup> Valparaíso era el principal puerto donde se hacía el intercambio con el Perú. A él llegaban, principalmente por vía marítima, productos del sur para ser exportados desde allí al Perú. Esto fue así por su cercanía a Santiago, sede de los principales intereses comerciales, como por el hecho de que los recursos públicos provenían, principalmente, de los derechos de aduana sobre los que el capital necesitaba mantener un control estricto. Por eso una de las principales obras públicas del siglo XVIII, fue la construcción del camino carretero entre Santiago y Valparaíso.

<sup>21</sup> Ver: Eyzaguirre, J., op. cit. Ver también Guarda, Gabriel, "La Ciudad chilena del siglo XVIII", Centro Editor de América Latina. B. As. 1968.

tivamente breve de anarquía, la expansión exportadora revivió a partir de 1930. En el norte aumentó la producción de oro, plata y cobre con destino a Europa<sup>22</sup>. En la región central, hasta la zona adyacente a Concepción, la producción de trigo aumentó en forma espectacular, principalmente para la exportación a Australia y California<sup>23</sup>. Se desarrollaron así con mayor fuerza las mismas tendencias que habían provocado ya una temprana urbanización durante la colonia. Esto es, la incorporación de cuotas de población cada vez mayores a la división internacional del trabajo, la elevación consecuente de la productividad del trabajo en las zonas rurales y la pérdida de importancia del volumen de población en la subsistencia.

El resultado medido en urbanización fue que en 1865, el 21,9% de la población chilena era urbana, proporción que no alcanzaba Brasil en 1920, ni México en 1930<sup>24</sup>.

Dos hechos de importancia aceleraron la expansión económica chilena y las tendencias a la urbanización ya anotadas. Por una parte la exportación salitrera de fines de siglo<sup>25</sup>. Por otra, la incorporación de las tie-

rras de la frontera a la producción y exportación triguera después de definida la guerra araucana y colonizadas las tierras de la región de Los Lagos<sup>26</sup>. Con eso se termina por sacar el grueso de la población de la subsistencia y se incorpora casi todo el territorio a la explotación económica.

En el año 1900, la población chilena era de 2,7 millones, de los cuales casi 1 millón (más del 35% del total)<sup>27</sup> era urbana. Este mercado urbano era la base con que contaría la industria para desarrollarse en el siglo XX. Con la excepción de Argentina y Uruguay, ningún otro país latinoamericano desarrolló hasta tal punto sus ciudades durante el siglo pasado.

Chile y Argentina tenían igual población, a fines del siglo e igual proporción de la población urbana respecto del total: 35%. En cambio, la concentración de población al interior del sistema nacional de centros urbanos era muy diferente. Buenos Aires tenía el 20% de la población argentina en 1895, mientras que Santiago sólo tenía el 9,5% de la chilena ese año.

Las fuerzas que operaban en favor de la urbanización en ambos países eran básicamente del mismo carácter: la elevación rápida de la agricultura sobre la subsistencia y, por lo tanto, la producción de un excedente que permitió animar una creciente vida urbana. Sin embargo, por razones principalmente geográficas, la distribución espacial de la población era muy diferente. En Argentina, la zona más rentable para la producción cerealera de exportación se inscribe en un triángulo, uno de cuyos vértices, Buenos Aires, es la salida natural al exterior. Toda la red de transporte se construyó hacia el interior por vía terrestre, confluyendo en ese vértice.

<sup>22</sup>El florecimiento minero del Norte se advierte por el aumento de las exportaciones de minerales de 5,5 millones de dólares en 1844 (primeras estadísticas recopiladas) a 28 millones en 1860. Dicho aumento representa una tasa anual promedio del 10,8%. Además, en la provincia de Concepción, región del Biobío, se desarrolló con fuerza la minería del carbón como resultado de la introducción de los vapores y posteriormente del ferrocarril. Ver: Hurtado, C. Op. cit.

<sup>23</sup>La República del Perú protegió con elevados derechos de importación a los terratenientes ganaderos y cerealeros locales, lo cual desplazó a los agricultores chilenos de ese mercado. Sin embargo a fines de la década de los 1840, la fiebre del oro en California y en Australia abrió un nuevo e inmenso mercado a los productos agrícolas chilenos. Las exportaciones de estos productos aumentaron de 1,3 millones de dólares en 1844 a 7,0 millones en 1860, es decir, a una tasa anual de 9,5%. En adelante, luego de iniciarse la producción triguera en California y Australia, los agricultores desviaron sus exportaciones a Europa. Ver: Hurtado, C. Op. cit.

<sup>24</sup>Para los efectos de esta estimación se adopta el criterio censal de considerar como urbano todo centro poblado de más de 2 mil habitantes. Este criterio se mantendrá a lo largo de todo este trabajo.

<sup>25</sup>Desde 1860, el salitre es el principal rubro de exportación, el cual crece enormemente a partir de los comienzos de la década de los 1880, mientras que la producción de plata, oro y cobre del Norte Chico se estancó.

<sup>26</sup>La guerra araucana, si bien disminuida en intensidad a finales del siglo XIX, sólo se dio por terminada el año 1882, en que se aplastó definitivamente la resistencia organizada. Esa guerra dio origen, desde 1860, a una enorme expropiación de tierras por parte de los terratenientes e incorporó a la explotación económica una superficie que hoy día equivale a un 17% de la tierra cultivable del país. Ver: Ministerio de Agricultura. *La Agricultura Chilena en el quinquenio 1955-1960*. Santiago, 1957. Si bien el grueso de la población colonizadora fue chilena, la migración europea, especialmente alemana, tuvo particular importancia:

<sup>27</sup>Los datos corresponden al Censo de 1895.



tice. Desde temprano Buenos Aires adquirió una primacía comercial que no tuvo ninguna ciudad chilena.

En cambio Chile, con todo su territorio de fácil acceso al mar, desarrolló desde muy temprano la vía marítima para el transporte, tanto interno como externo. En un período de exportación, cuando casi todo el transporte era marítimo, pudo integrar casi todo su territorio y su población a la producción excedentaria. Se desarrollaron con fuerza varios puertos, siendo el principal de ellos Valparaíso.

Como ya se dijo, antes de la independencia, Valparaíso, más que una ciudad, era un conjunto de instalaciones portuarias hasta donde llegaban los comerciantes peruanos para realizar el comercio entre ambas colonias.

La oligarquía residía principalmente en Santiago. La independencia modificó el carácter de Valparaíso con una fuerza que quizás no se igualó en ninguna otra ciudad chilena<sup>28</sup>. La apertura al comercio internacional, principalmente inglés y norteamericano, unida a la relativa estabilidad política del país, lo transformó en un centro comercial de importancia internacional, sin duda el mayor de la costa occidental de América del Sur. Fue la escala obligada del tráfico entre el Atlántico y el Pacífico, realizado por el Estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos hasta la abertura del ferrocarril de Panamá, el año 1885. Además, era el centro principal de la exportación de la producción agrícola chilena que llegaba allí en su mayor parte por cabotaje marítimo.

Valparaíso desarrolló intereses comerciales y financieros nuevos y autónomos de los de Santiago, constituidos en su mayor parte por inmigrantes ingleses, que se incorporaron con el tiempo a la oligarquía y burguesía chilenas. De una aldea insignificante, la independencia transformó a Valparaíso en una gran ciudad comercial, la segunda en tamaño del país y quizás el centro comercial y financiero donde el capital se acumulaba con mayor rapidez. Fue el principal lugar donde la oligarquía chilena se asoció al capital inglés<sup>29</sup>.

En el sur, creció el puerto de Concepción, ligado al transporte y comercio interno cerealero, como asimismo a la minería del carbón. Con la construcción del ferrocarril, comenzaron a crecer algunas ciudades de la zona central, como Talca y Chillán, ubicadas en los nudos de transporte de productos agrícolas.

Desde 1860, en adelante, crecieron en el Norte Grande las ciudades ligadas a la minería, como fue el caso del puerto de Antofagasta, el puerto de Iquique, centro comercial y financiero del salitre, y asentamientos humanos inestables en pleno desierto: las oficinas salitreras. El hinterland desértico poco apto para el asentamiento humano de las ciudades del norte, las hizo totalmente dependientes de las actividades mineras. Los ciclos de la minería provocaron correspondientes flujos migratorios desde o hacia esas regiones. Durante el período salitrero, la migración provino de Bolivia, Perú, el Norte Chico y muy secundariamente la Zona Central<sup>30</sup>.

A pesar del más rápido crecimiento de Valparaíso, Santiago continuó siendo la mayor ciudad chilena a fines del siglo XIX. La independencia produjo pocos cambios en Santiago, excepto los provocados por una aceleración de su crecimiento. La expansión agrícola y minera generó grandes capitales que se concentraron en Santiago. Una parte no despreciable de ellos se utilizó por primera vez en casas y edificios de elevado costo, sin llegar a los niveles de suntuosidad de Buenos Aires, durante el mismo período. Los terratenientes se urbanizaron cada vez más y con ellos una vasta población directamente, algu-

<sup>29</sup> La actividad minera del norte requirió de abundante capital para el cateo y la explotación de minerales, impulsando la creación de instituciones privadas de crédito. Las primeras surgieron en Valparaíso bajo propiedad de extranjeros: el Banco de Edwards, el Banco de Ossa. Posteriormente, en 1859, se fundó en Santiago el Banco de Chile. Los Bancos de Valparaíso jugaron un papel decisivo en la apropiación de los yacimientos de salitre por parte del capital inglés. Ver: Ramírez, N. Hernán: *Balmaceda y la Contrarrevolución de 1891*. Edit. Universitaria. Santiago, Chile, 1972.

<sup>30</sup> Paralelamente al auge salitrero hubo un estancamiento de la minería de la plata, el oro y el cobre del Norte Chico. Por eso, esa zona fue origen de migraciones con la consecuente decadencia de sus ciudades a fines del siglo XIX.

<sup>28</sup> La población de Valparaíso creció de 5.500 personas en 1810, a 16.000 en 1822 y a 70.438 en 1865. Ver: Hurtado, C.

nos ligados por relaciones de servidumbre, e indirectamente a través de actividades económicas justificadas por la concentración del consumo de Santiago<sup>31</sup>. Santiago siguió siendo el asiento de las principales familias propietarias, mineras y comerciantes.

Hasta qué punto las ciudades regionales intermedias alcanzaron a desarrollar intereses y grupos con un grado de autonomía relativa a los radicados en Santiago, es una cuestión difícil de dilucidar. Valparaíso, como se ha visto, justifica una respuesta afirmativa. Lo mismo es aplicable a las ciudades mineras del norte, cuyos recursos bajo el control de intereses extranjeros completamente autónomos, mantienen una débil vinculación con Santiago. Estas últimas ciudades, dado su carácter minero las hacía muy inestables y vulnerables, de tal forma que al terminar el auge salitrero durante las primeras tres décadas del siglo xx, cayeron en una profunda decadencia.

En alguna medida las ciudades del centro y sur alcanzaron una cierta autonomía durante el siglo XIX. Ello porque las dificultades del transporte marítimo y los pésimos caminos de la época, permitieron el desarrollo de artesanado y de una incipiente industria, protegidas por la distancia de la competencia internacional desde Santiago y Valparaíso. Fue el caso de ciertas industrias para los grupos de más bajos ingresos, especialmente rurales (calzado, alimentos, bebidas) y materiales de construcción, a las cuales se sumaron las actividades de transporte regional. Por otra parte, crecieron las actividades comerciales y de servicio para los grupos más pudientes que fijaron sus residencias en esas ciudades. Fue el caso de los arrendatarios de tierras de los grandes latifundistas que vivían en Santiago y variados grupos de personal a cargo de la administración de haciendas, medianos propietarios y funcionarios públicos.

Sin embargo, la relativa autonomía de los centros urbanos de la zona central y sur, an-

tes de 1920, no debe exagerarse es comparable con ciudades regionales de Brasil y Argentina, por ejemplo, países que también experimentaron el auge exportador en el mismo período. Los mercados locales eran estrechos y las posibilidades de acumulación de capital, reducidas.

La principal fuente de capital en esas zonas era la exportación triguera y ella estaba sujeta firmemente por los grandes terratenientes residentes en Santiago. Inclusive la "exportación" agrícola a los centros salitreros del norte se hacía principalmente por Valparaíso. Por otra parte, los intereses comerciales principales, que vivían de la libertad de importación no se interesaron por proteger las incipientes actividades industriales de las ciudades regionales. Por último, la construcción del ferrocarril a partir de 1860, para terminar el año 1920 uniendo el territorio desde Iquique a Puerto Montt, contribuyó a la gradual integración de los mercados regionales al abastecimiento de manufacturas importadas mediatizada a través de Santiago.

Como resultado de todas estas fuerzas, en 1907 la población urbana chilena era el 38% de la población total, cifra "anormalmente" alta para Latinoamérica. Santiago concentraba el 27% de la población urbana del país y poco más del 10% de la población total<sup>32</sup>, cifras "anormalmente" bajas para un país latinoamericano tan urbanizado. El resultado, pues, de la etapa pre-industrial de la economía chilena puede ser sintetizada en dos conclusiones: primero, una muy temprana urbanización; y segundo, una urbanización poco concentrada. Si bien Santiago es, sin duda, la principal concentración urbana, una vida comercial relativamente autónoma hace crecer las demás ciudades intermedias del país.

Con el inicio de la industrialización, Santiago pasó a desarrollarse con una fuerza concentradora que no había tenido anteriormente. La industrialización reorganizó el sistema urbano nacional.

<sup>31</sup>La población de Santiago pasó de 67.000 habitantes en 1835 a 115.337 en 1865 y 256.403 en 1895.

<sup>32</sup>Censos de Población.